

EL ELEMENTO NOVELESCO EN EL POEMA DE JUAN DE CASTELLANOS

Las librescas evocaciones mitológicas y legendarias, que en las mentes asombradas de la Europa renacentista suscitó el descubrimiento de América, dieron origen y estímulo a la interpretación desbocada y quimérica que de la realidad del nuevo continente se forjaron los conquistadores de Indias, los cronistas coloniales y los mismos humanistas europeos. A calentar los sueños de los que en el Viejo Mundo se quedaron echando menos las expediciones lejanas, vendrán las misteriosas aventuras de tesoros fabulosos, los hombres descomunales, pigmeos o bicéfalos, las guerreras de la mitología griega, las fuentes de la juventud, el país de la canela con sus árboles locos, el toisón dorado, y hasta las mismas artes de "encantamiento", que los viajeros, encandilados también, buscarán y rebuscarán hasta dar con ellos visionariamente encarnados en las tierras de Indias. Era éste el modo de dar, al fin, localización espacial a todas las utopías medievales y míticas resucitadas en la literatura creativa de los siglos xv y xvi. De Colón, que puebla de ruiseñores los bosques de América y asienta el Paraíso Terrenal en la Isla de Trinidad¹, a las teorías científicas y no menos encalabradas del siglo xviii, va corriendo sobre el Nuevo Mundo una cinta de atrayente ilusionismo.

En medio de esta orgía imaginativa cae sedante la voz del poeta santafereño, Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla (1674-17?), prenuncio acaso de la visión americanista de don Andrés Bello:

¹ Sin embargo el Descubridor limita con sabia restricción el posible rebalse de la fantasía, porque a ese Paraíso "no puede llegar nadie salvo por voluntad divina". Vid. MARTÍN FERNÁNDEZ NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, Madrid, Imprenta Real, 1825, vol. I, págs. 255-6.

Que no son caos las Indias
ni rústicos alvergues
de Cíclopes monstruosos
ni que en ellas de veras el sol muere ².

Por su más justo acorde con la vida y los hechos de América, tal entonación resulta singular y casi aislada entre las voces de extracción literaria puestas de moda al tratar de la fauna y la flora americanas.

Los tres grandes filósofos utopistas del Renacimiento, Moro, Campanella y Bacon, edificaron sus ciudades imaginarias en una América apócrifa también. A lo Platón ha visitado Rafael Hitlodeo, héroe de la *Utopía* y compañero de Vespucci, la ciudad que Moro situó en una isla indeterminada; la colocación, de igual modo vaga, de *La Ciudad del Sol* venía a dar bajo el ecuador: y en la *Nueva Atlántida*, de Bacon, significativamente se hallaba en uso la lengua española ³.

En España, tras la época de las grandes aventuras descubridoras y a causa tal vez de la insistente propensión a lo excepcional y fabuloso, sobreviene a las facultades imaginativas tal agotamiento y estrago que casi toda la poesía hispánica desfallece, quedando manca y resentida de la más o menos completa eliminación de las invenciones fantásticas ⁴, no obstante la marcada tendencia a lo maravilloso que se aprecia en todos los poetas españoles, así sea con el matiz característico de una constante apelación al mundo sobrenatural.

Las mismas predilecciones que — como apunta B. Croce — ponía en la lectura de los libros de caballería el soldado de los

² Esta estrofa pertenece a las *Endechas a Sor Juana Inés de la Cruz*, en la *Rythmica Sacra...*, Madrid, 1703, al final, pág. 45; y está transcrita en A. GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, I, Bogotá, 1945, pág. 166.

³ Citado por P. HENRÍQUEZ-UREÑA, en *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard University Press, 1945, págs. 14-15. Las obras de los tres humanistas han aparecido vertidas directamente al español en *Utopías del Renacimiento*, México, 1947. Don Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán, intentó llevar a la práctica en el Nuevo Mundo la *Utopía* del humanista inglés, en la creencia o intuición de que Tomás Moro había escrito su obra movido por su conocimiento de las condiciones de América. Cf. SILVIO ZAVALA, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, México, 1937.

⁴ Piénsalo así don RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, siguiendo a F. Schlegel y a M. Menéndez Pelayo, en el *Prólogo* a la *Historia general de las literaturas hispánicas*, Madrid, 1951, I, pág. xxxviii.

tercios españoles en Italia, movían a los conquistadores de Indias; y justamente la afición desmesurada al tipo de literatura que de modo más poético exaltaba la gloria, el amor y la aventura, ha llegado a ser tenida como señal de los gustos renacentistas por las altas empresas, y como trasunto de la apetencia española por las imágenes de ensueño y de quimera.

Se endereza el presente estudio a situar la realización de algunas de estas corrientes imaginativas y novelescas en la obra de un cronista del Nuevo Reino de Granada: Juan de Castellanos, conquistador (Alanís, Andalucía, 1522-Tunja, 1607).

De reconocer es en él — y valga este homenaje previo en tema como el actual — su profundo sentido de verismo, en el marco, claro es, de las propias modalidades narrativas. Desde un principio también, y en constancia del realismo veraz de este escritor, quiero poner de resalto cómo en su obra quedan recusadas siempre las “supercherías”, y se acude en consonancia con la mentalidad hispánica del tiempo a buscar en la raíz de los fenómenos increíbles, pero admitidos por el autor, una fundamentación en el supramundo, en una realidad doble, sensible y sobrenatural, que palmaria y eficazmente se entrecruza⁵.

Dando por evidentes las ambiciones épicas de Castellanos, que se coloca formalmente y sin buen acierto bajo el signo de Ariosto, creo oportuno apuntar que el sentimiento originario de la epopeya, cargado de alta tensión anímica, de entusiasmo y de éxtasis, común a toda una sociedad, es de hecho contrario al ambiente de aburrimiento y de fastidio que el gusto por la novela presupone⁶. Piénsese, en cambio, en el libro posterior

⁵ Castellanos explica, por ejemplo, el encuentro milagroso del agua dulce anunciado por Santa Ana en boca de una niña a los soldados moribundos de sed en la orilla del mar, episodio que juzga “remoto de vanas fantasmas” (*Obras de Juan de Castellanos*, edición de Parra León Hermanos, 2 vols., Caracas, 1930-1932, I, págs. 111 y sigs.).

⁶ LUIS ALBERTO SÁNCHEZ en *La novela: signo humano, espejo social*, en *Cuadernos Americanos*, México, VI, 1947, núm. 5, plantea la delimitación de la novela y la épica. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO en su libro *Orígenes de la novela*, Madrid, 1943, I, pág. 8 (Edición nacional de obras completas, XIII), recalca su pensamiento de que “la novela, el teatro mismo... son la antigua epopeya destronada”.

El Carnero de Juan Rodríguez Freile, crónica costumbrista, entre cazorra y celestinesca, que ya presupone muerto para su época el regusto de los sentimientos y las canciones épicas, e indica a la vez el nacimiento, en el seno de la nueva sociedad, de una distinta capacidad de afrontar y comprender la vida.

Infinitas “boberías” considera Castellanos las explicaciones candorosas que los soldados se daban de algunas manifestaciones naturales:

Otra noche decían los marinos ser venido
cuerpo santo, y así lo saludaban...
y conocieron ser su juicio vano
por los desengañar mi propia mano.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía I*, pág. 19, e. 5).

Repudia del mismo modo la reverencia hecha por los soldados crédulos y supersticiosos, al hierro brillante de una lanza,

que en popa del navío se traía
y con la oscuridad resplandecía.

(*Ibid.*, pág. 18, e. 10).

Ningún asombro causa hallar traspuesta y reanimada en Indias gran parte de la literatura caballeresca. Las Amazonas de la mitología griega, descritas y vivificadas en las *Sergas* de Esplandián, el hijo de Amadís, aparecieron en toda hora como un espejismo falaz ante los ojos expectantes de los descubridores. El reino de Calafia, señora de las “guerreras de un solo seno”, quedaba “a la diestra mano de las Indias” y tenía y sigue teniendo por nombre California. Los primeros que en el Nuevo Reino describen a estas hembras bravías son el capitán Juan de San Martín y Alonso de Lebrija, en carta enviada al rey con el relato de sus conquistas y descubrimientos:

Estando el real en el valle de Bogotá, tuvimos nueva de una nación de mugeres que viven por sí, sin vivir indios entrellas, por lo cual las llamamos amaçonas. Estas dicen los que dellas nos dieron noticia, que de ciertos esclavos que compran, se empuñan, y si paren hijo lo envían a su padre, y si es hija, críanla para aumentación desta su república. Dicen que no se sirven de los esclavos más de hasta empuñarse dellos; que luego los tornan a enviar, e así a tiempo los envían e a tiempo los tienen. Oýda tal nueva en tal tierra como ésta, envié [Ji-

ménez de Quesada] a su hermano con alguna gente de pie y de caballo a que viesse si era assí lo que los indios decían; y no pudo llegar a ellas por las muchas sierras de montaña que avía en el camino, aunque llegó a tres o cuatro jornadas dellas... e que eran muy ricas de oro, e que dellas se trae el mesmo oro que hay en esta tierra y en la de Tunja. Por este camino se descubrieron valles de grandes poblaciones⁷.

Vese aquí el sesudo conquistador del Nuevo Reino afianzando esperanzas en la tierra de las Amazonas. A sus compañeros se les hará responsables de propalar la mentira en España, en una de cuyas ciudades, Valladolid, llegó a informarse que diez millares de tales hembras habían desembarcado en Santander para cohabitar con los españoles y llevarse a las hijas⁸.

Sin embargo, el licenciado Quesada es hombre de mayor aplomo para creerse esas monsergas, y por tales las reputa, ya que los indios "las cuentan de dos o tres maneras". De notar es también cómo el Adelantado y los autores de la carta citada endosan al indio la creación del mito amazónico. De hecho, el indio asustado, discurriendo trazas, sólo aprovechaba los mismos sueños con que el conquistador traía poblada la cabeza, para librarse de él remitiéndolo a tierras apartadas de la propia.

Antes de examinar el pensamiento de Castellanos sobre las Amazonas, vale mirar cómo disfraza a las mujeres indias de arcádicas pastoras y de ninfas, o bien las recubre de helénica serenidad y hermosura:

Una india... en rútilo color purpúrea rosa;
ojos serenos, claros, rostro grave,
con las demás facciones respondiendo
a perfección de cándida pintura

⁷ *Carta de Juan de San Martín y Alonso de Lebrija al Rey Carlos V*, transcrita en GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, ed. de la Real Academia, Madrid, 1852, II (lib. XXVI, cap XI) pág. 362, y además en *Revista Geográfica de Bogotá*, noviembre 1936, pág. 59. Un trabajo muy útil es el de RODOLFO SCHEVILL, *La novela histórica, las crónicas de Indias y los libros de caballería*, en *Revista de las Indias*, Bogotá, 1944, núms. 59-60, págs. 173-196.

⁸ Citado en L. A. IRVING, *Books of the Brave*, Harvard University Press, 1949, pág. 56.

cuales se suelen dar en los poemas
a las hermosas ninfas y nayades.
En culto y atavío de su tierra
pero de telas algo más lustrosas⁹
en el cual las porciones descubiertas
manifestaban bien que las ocultas
no serían de gracias envidiosas.

(*Historia del Nuevo Reino de Granada*, ed. de
A. Paz y Melia, 2 vols., Madrid, 1886, t. I,
pág. 289).

El travestimiento no para aquí sino que se llega a la metamorfosis, y el impulso caballeresco es tal que alza al cronista a imaginar el maridaje apetecido de Júpiter con las indias americanas:

Trigueñas, altas, bien proporcionadas...
No falta gentileza de Deidamia,
ni belleza que las antigüedades
quisieron colocar en Hipodamia.

(*Obras*, Pte. II, pág. 266).

Y es tan alta la nota de gracia y hermosura que

Júpiter quisiera ser esposo.

(Pte. I, *Elegía XII*, pág. 191, e. 13).

¿Sería acaso desatinado ver aquí el ceremonial de cortesía intelectual, de hecho practicado en *Los Cuatro Libros de Amadís*, resurgiendo en los cultos y galantes modales de pensamiento del cronista de Tunja, y apropiados a las salvajes habitantes de los bosques americanos, que la vejez del Beneficiado recordaba y mitificaba como guardadas por eunucos¹⁰ o yendo al matrimonio con el delicado obsequio de una cesta de flores?¹¹ En boca de estas dríades indias ponía Castellanos a orear un gustoso conocimiento de la mitología genésica griega y romana:

Ansímesmo de nuestros castellanos
decían viéndolos en tal arreo,
si son sátiros estos o silvanos,

⁹ Es de advertir el viso si es no es malicioso y salaz del anciano en el recuento de los años mozos. Tal desahogo viene a ser constante a través de toda la obra, y más suelto en otros pasajes.

¹⁰ *Obras*, Pte. I., *Elegía XI*, pág. 168, e. 10.

¹¹ *Ibid.*, *Elegía XII*, pág. 192, e. 1.

o son faunos lascivos y lozanos
o las nereides, hijas de Nereo
o dríades que llaman o nayades.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía I*, pág. 21, e. 13).

Añádase al delirio idílico el canto de los supuestos y “suaves ruisseños, con cuyo són las damas y galanes encienden más sus pechos en amores”¹² y tendremos un pasaje de abultada forma sentimental y fondo novelesco. Necesariamente, la idealización ennoblecedora del indio hubo de encontrar hondas repercusiones en la novela romántico-histórica del siglo XIX colombiano. De ahí que parezcan y resulten muy rebatibles los juicios pesimistas de doña Concha Meléndez con referencia al ‘antirromanticismo’ indigenista de Castellanos¹³. En lo referente a su entusiasmo apoteósico del conquistador véase lo que nos cuenta Carmen Gómez Tejera: “En 1853 fue Tapia [y Rivera, Alejandro]... víctima de la censura. El censor tachó de inconveniente una estrofa de la *Elegía sexta*, por considerarla insultante para los conquistadores”¹⁴.

Pero, pese a la estilización caballeresca y mitológica de la figura aborígen femenina, contemplada con mentalidad renacentista, Castellanos no otorgó existencia real a toda “fantasía superchera”. Así el mito amazónico le pareció “novela liviana”, en forma que el calificativo de falaz le sirve para motejar al capitán Francisco de Orellana por haber creado y regado en España el embuste de las mujeres guerreras. Este sólo había visto la lucha sostenida por una

India varonil que como perra
sus partes defendía.
De aquí sacó después sus invenciones
el capitán Francisco de Orellana,
para llamalle río de Amazonas,
sin otros fundamentos ni razones.

¹² *Ibid.*, Pte. I, *Elegía XIV*, pág. 223, e. 4. Fue costumbre achacar al indio una poética familiaridad con las ideas míticas. Alonso de Martín, por ejemplo, lisonjea a un cacique llamándolo “descendiente del sol y de la luna” e invoca a Apolo como testigo de su buena fe para con los indios (*Hist. del N. R. de Gr.*, II, págs. 122-123).

¹³ CONCHA MELÉNDEZ, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Monografías de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1934.

¹⁴ CARMEN GÓMEZ TEJERA, *La novela en Puerto Rico. Apuntes para su historia*, Puerto Rico, 1947, pág. 13.

El cronista andaluz no pierde la ocasión de soltar las corrientes de su sabiduría y echa sobre el lector un torrente de acertijos mitológicos referentes a las celebridades amazónicas¹⁵:

Mas ser ésta Tomiris no se crea,
ni que vistiesen otras el arreo
de Filipo Lampedón, ni de Alea,
y... tampoco pasó por allí Penteseilea,
ni el Orellana pudo ser Teseco;
ni otra Menalipe, ni Celeno
caminaron jamás por aquel seno.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía XIV*, pág. 230, e. 8).

La estampa del indio responde a las mismas ideas, fastuosamente festoneadas de imaginería, y aparece trascendiendo los confines de lo humano hasta cobrar la forma del gigante y del endriago. Al grito medieval de "¡Santiago y a ellos, caballeros!", el capitán Juan de Céspedes se va a fondo contra los panches, que a él y a sus compañeros, "nata de este nuevo mundo", les parecen "un feroz tumulto de gigantes"¹⁶. El indio partido de por medio se agranda en otro fantasma descomunal:

Amigos, pues fue llena ventura
la que tuvistes con aquel gigante.

(*Hist. del N. R. de Gr.*, II, 275).

Andando por las riberas del "Río Magno" hallaron los soldados recostada bajo la sombra de un árbol de "extremos soberanos" esta monstruosa visión:

Salvaje más crecido que gigante,
y cuyas proporciones y estatura
eran según los pintan en Atlante,

¹⁵ El más documentado y completo estudio hasta ahora sobre las corrientes humanísticas y el valor literario de la obra de Castellanos, se encuentra en el libro de JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1949, págs. 11-40. Allí ha sido estudiada también en parte la inspiración mitológica del autor de las *Elegías*. Para este tema pueden verse además los dos interesantes trabajos de MARÍA ROSA LIDA, *El amanecer mitológico en la poesía narrativa española*, en *Revista de Filología Hispánica*, año VIII, núms. 1-2, enero-junio 1946, págs. 101-102, y *Huella de la tradición grecolatina en el poema de Juan de Castellanos*, *ibid.*, págs. 111-120.

¹⁶ *Hist. del N. R. de Gr.*, I, 124-125.

de hombre natural la compostura,
 en el hocico sólo discrepante...
 De ñudoso bastón la mano llena,
 el cual sobrepujaba su grandeza,
 pues era como la mayor entena
 y del cuerpo de un hombre la grosseza;
 y a queste meneaba tan sin pena
 como caña de mucha ligereza.

Y para que a tamaño palmo no faltara la estrafalaria anormalidad venusina, el Atlas indio era

Hermafrodito porque los dos sexos
 le vieron no mirándolo de lexos.
 (*Obras*, Pte. III, *Hist. de Popayán*, Canto
 II, págs. 135-136).

Como el Gulliver de Swift, quien probablemente conoció estas leyendas, y acaso las utilizó para la mordaz creación de sus liliputienses¹⁷, los conquistadores de los Andes dieron con la tierra de los enanos, y por ser cosa curiosa,

De los pigmeos que la fama siembra
 captivaron un macho y una hembra.

De los cuales la "mínima zagala", que apenas se alzaba un codo de estatura, pereció de un balazo. El compañero, elfo o geniecillo, al cabo de quince días muere como un gorrión "callado, congojoso, pensativo"¹⁸.

Por allí cerca les paró el valor otra tribu, la de los iscaycingas, que eran hombres bicípites, o cuando menos de dos narices¹⁹.

Tales espantos pasman y amedrentan el ánimo a los soldados a punto tal que el osado capitán toca a retirada:

No vengo yo, señores, a contienda
 de monstros, mas de gente que me entienda.
 Volvámonos en paz a buscar tierra
 donde hallemos racional cultura.

(*Ibid.*, pág. 136).

¹⁷ Cf. AGUSTÍN DEL SAZ, *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*, Barcelona, 1949, pág. 21.

¹⁸ *Obras*, Pte. III, *Hist. de Popayán*, pág. 135, e. 3.

¹⁹ *Ibid.*, e. 2.

He aquí compenetrada la vida y la literatura. Hombres que buscan las semblanzas humanas de los libros de ficción, y cavilosos las encuentran tan de veras, que faltándoles el coraje de los caballeros andantes se asustan con la quimera de sus propios sueños engendrados a la lumbre de un hogar de Extremadura o de Castilla y realizados ahora portentosamente en el lejano escenario de América. Los linderos entre la lectura y la vida real se han vuelto de tal modo flúidos que la mente se les nubla, y los ojos ya no pueden definir dónde se pára la historia y empieza a seguir sola la poesía.

Los recuerdos históricos o legendarios cobran aspectos vívidos ante el nuevo telón de fondo y ante las nuevas acciones del habitante de los bosques: la presencia de las momias que los indios llevaban consigo al combate le trae a Castellanos la memoria de "nuestro valeroso Cid Ruy Díaz que muerto lo llevaban al combate"²⁰, y un panche con su tosca macana ya no es un panche sino "un maestro de esgrima... jugando de floreo con montante"²¹, mientras los caballeros españoles se trasforman en los doce pares de Francia²², que como centauros luchan contra los lapitas.

Pero el valor y las hazañas de los conquistadores sobrepujan en calidad y realismo la fábula de los soldados de Carlo Magno:

Había varones pocos pero singulares,
que hicieron proezas y hazañas,
mayores que los fuertes doce pares;
y aun se pueden tener por más extraños,
pues no se ponen en aquéstos cuentos,
fábulas ni ficiones ni comento.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía* III, pág. 83, e. 11).

Las justas o sortijas caballerescas se repiten desde el primer instante en la arena de América. Lázaro Fonte reta a los indios "cursores" para enseñarles que los pies de ellos se mueven con mayor lentitud que los de su caballo, aunque acá hubieran venido "Camila o Atalante".

²⁰ *Hist. del N. R. de Gr.*, I, pág. 98.

²¹ *Ibid.*, 134.

²² *Ibid.*, 218.

Lo mismo sucede con el paisaje; en ocasiones el suelo es apacible, y a orillas de los lagos los indios hortelanos "tienen jardines, huertas y vergeles"²³, o bien sobre los campos de Indias se tiende una oscura bruma y el "cielo niega claridad a las altas sierras", donde a pesar de los rigores del trópico, se suceden las cuatro estaciones, produciendo árboles tan agrandados que cierta vez, del tronco de una ceiba verde fabricaron una canoa, la cual después de habérsele recortado diez pies, bien podía sufrir

mástel de tupidas lonas
y capaz de llevar en cada viaje
diez caballos y más de cien personas,
ropas, armas, ballestas y azconas
con el demás pertrecho y atavío
que pudiera llevar un buen navío.

(*Obras*, Pte. II, Introducción, pág. 264, e. 5-7).

Los pomposos anfibios que Colón confundió con las sirenas y que por entonces complacían y deslumbraban la imaginación de Pedro Mártir de Anglería y de tantos otros humanistas europeos²⁴, fueron halladas también frecuentemente por los compañeros de Castellanos. Un muchacho encontró cierto día en la playa a un pez-mujer recién parida, dando de mamar a sus cachorros, y abrasado de sed acercóse en sigilo para no despertarla, y grotescamente

Quitó los hijos como quien no toca
y tomóle las tetas con la boca.

Pero ésta se despierta y no obstante la reconocida y alabada mandedumbre de los sirenios,

No pudiendo sufrir otra mejilla
revolvió con protervo continente
derribando la media pantorrilla.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía VIII*, pág. 111, e. 4-6).

²³ *Obras*, Pte. I, pág. 127, e. 13.

²⁴ Cf. JOSÉ DURAND, *Ocaso de sirenas. Manatíes en el siglo XVI*, México, Tezontle, 1950. En este librito se expone con garbo la poética creencia de los cronistas en tales "ballenas fracasadas o presuntas sirenas".

En la mente del indio sitúa de nuevo Castellanos el renacimiento de la fuente de la juventud, a donde acudían los pobladores de Bimini, volviéndose “los viejos en mancebos y las mujeres más ancianas deshacían las rugas y las canas”. Allí “perdíanse las fealdades de vejece y sanaban las cansadas complejiones”. El hecho fue que tras la búsqueda de Juventa quedó descubierta la península de la Florida, como en pos de las Amazonas descubrióse el río de ese nombre. Otro nombre que se remite a los libros de caballerías es el de *Albadán*, dado a un punto o vereda de la llanura neivana²⁵, nombre que se encuentra en el *Amadís*, aplicado a un “jayán bravo”²⁶. Tales relaciones asombrosas, además, en que los sueños viejos de misterio y la aventura de poderío se hallaban al alcance de la realidad cotidiana sedujeron sin duda muchas voluntades, determinándolas a probar esa vida nueva en un mundo nuevo.

América, así, toma el aspecto de un prodigioso mosaico de maravillas, y la realidad del continente se tornasola jubilosa o falsamente con reflejos míticos, caballerescos y de simpática e incitante fantasía novelesca. Mal podría enrostrarse a Castellanos, a los demás cronistas y a los escritores de Europa, que les servían de eco, una destemplada y engañosa adulteración de las cosas de Indias, y empeñarles de este modo su buen nombre de historiadores veraces. Es verdad que la fábula en ocasiones se hace ingenua, enraizada como está en la ciencia de ese tiempo, fenecida hoy. La caducidad de esas teorías, sin soporte de verdad, es consecuencia cabalmente de las desventajas de la forma novelística que envejece antes que la historia y la epopeya. Piénsese en la jubilación en que han caído las creaciones de Julio Verne, que un día colmaron y rebosaron los sueños técnicos de los ingenieros. Pero otras veces la ficción interpretativa surge cargada de una preciosa idealidad, de un emocionalismo poético, acordes con la historia, cuya pérdida acaso llegara hoy a ser sensible. En todo caso, tales fantasías de herencia, graciosas o disformes, brindan siem-

²⁵ “punto... al que un conquistador, apasionado lector de libros de caballería, bautizó con el nombre de *Albadán*, el gigante que figura en el *Amadís*” (JULIÁN MONTA SALAS, *Recuerdos del Ingenioso Hidalgo*, Neiva, 1950, pág. 402).

²⁶ *Libros de caballerías* (Biblioteca de Autores Españoles, t. XL), Madrid, 1909, cap. IV, pág. 10).

pre coyuntura para el sondeo de los influjos subterráneos de pensamiento, son índice de preocupaciones y corrientes literarias, y, enseñando la actitud ideal de una generación frente a hechos nuevos, constituyen también valiosos puntos de referencia para la historia general de la cultura.

Adrede he omitido aquí sobrados pasajes de Castellanos, en donde claras del mismo modo aparecen las reminiscencias de lecturas de ficción.

El lenguaje y los hechos al uso de los protagonistas españoles es así mismo correspondiente a la novela: Quesada, por ejemplo, al esfumarse la esperanza de los tesoros de Sacresaxigua, piensa también en los "encantamientos" de los libros de caballería²⁷. Hubo un incendio, el del templo de Sogamoso, que duró cinco años,

sin que fuese invierno
parte para consumillo,
y en este tiempo nunca faltó el humo²⁸.

Casos en que el fantasear quedó trascendido: comiendo sapo se vuelve loco Juan Duarte, y Francisco Muñoz, que se ha separado de los compañeros, por coger a una india hermosa, recibe un flechazo del cual muere:

dicen que por hartarse de pescado
con que cobró vigor la pestilencia²⁹.

Hay instantes en que el hambre convierte la novela en drama o tragedia: Valenzuela determina comerse los "hígados asados" de la india que les sirve de guía³⁰. Y hay otro pasaje macabro en que un soldado resuelve matar el hambre comiéndose un cadáver humano y revienta:

Abrió los pechos de su compañero,
estando muerto ya de calentura,
y aqueste fue Bautista Zapatero:

²⁷ *Hist. del N. R. de Gr.*, I, pág. 233.

²⁸ *Ibid.*, II, pág. 184.

²⁹ *Ibid.*, I, págs. 74-75.

³⁰ *Ibid.*, I, pág. 405.

el cual se sustentó del asadura,
 así como si fuera de carnero
 y andando después imaginativo,
 huyó y no pareció muerto ni vivo.

(*Obras*, Pte. I, *Elegía XII*, pág. 204).

No escasean los pequeños y graciosos intentos de pormenorizaciones físicas y morales, y el bueno del Beneficiado casi se aúpa al análisis psicológico de cierta sutileza, menudeando prolongados episodios en que, depuesto el ademán grandioso, y decaído el entusiasmo épico, apunta el brillo cuasi extinto de la vida diaria con su larga monotonía o su entretenida descripción costumbrista. Blanco Martín, v. gr., a la larga, nos viene resultando un carácter: "mediano, airoso, de buen rostro y de bien amasadas proporciones... de sanísimas entrañas, llanazo, sin resabios de malicia, y que disimulaba con paciencia" las chanzonetas escamantes de los soldados jacarandosos en los días de descanso. Pues bien, un día,

Estando Blasco dentro de su rancho
 quieto y apartado de ruido,
 las manos ocupadas en la obra
 de ciertos alpargates que hacía...
 llegó con gran furor Antón García,
 mancebo fanfarrón y de gran punto
 y sobre ciertos chismes y novelas
 de que el Blasco Martín no tuvo culpa
 trató mal de palabras al buen viejo...
 el cual dijo por dos o tres veces
 que se fuese con Dios y lo dejase,
 mas el Antón García no contento
 con las afrendas dichas echó mano
 a la espada, y el Blasco ya con ira
 de ver su desvergüenza saltó fuera
 con el brío y soltura que solía,
 con una sola daga, porque nunca
 jamás se le caía de la cinta,
 y con ella se dio tan buena mano,
 que a pocas vueltas lo dejó sin vida³¹.

El narrador, con la técnica de la novela cerrada, conduce a su protagonista hasta las puertas de la muerte, después de ha-

³¹ *Hist. del N. R. de Gr.*, I, págs. 368-373.

cerle andar "cien leguas caminando, solo y sin auxilio ni refugio, sino sólo de Dios y sus industrias", hasta llegar al Valle de Upar, donde "murió después naturalmente como bueno y católico cristiano"³².

ANTONIO CURCIO ALTAMAR.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

³² Al terminar este estudio de un aspecto de Castellanos me permito repetir aquí lo que con mucha justicia ha escrito JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, en su citada obra (pág. 23, n. 55): "Seguramente está más cerca de acertar Vergara y Vergara con su entusiasmo, desorbitado, pero comprensivo, que quienes han querido empequeñecer la obra de Castellanos, reduciéndola al prolijo prosaísmo de muchos pasajes y pretermitiendo la consideración de innumerables motivos — lengua, tema, sentido heroico de la Conquista, claridad de visión, realismo, riqueza léxica, habilidad métrica, erudición, posición avanzada en la literatura, veracidad, sinceridad, ironía... — que la enaltecen".